

# LA ESCRITURA GRECO-IBÉRICA \*

Llamamos inscripciones greco-ibéricas a un grupo de textos en lengua ibérica, escritos en alfabeto griego. Todos ellos proceden de la misma región<sup>1</sup>, Alicante y el norte de la provincia de Murcia, y su cronología corresponde al s. IV a.C.

La primera inscripción greco-ibérica fue hallada en La Serreta, un poblado de altura en las proximidades de Alcoy, en 1921, y fue estudiada el año siguiente por Gómez Moreno que identificó la escritura y transcribió los signos<sup>2</sup>. Su trabajo, realizado en relación con sus estudios para descifrar la escritura ibérica, fue decisivo para todos los aspectos del problema ibérico.

Los pasos más importantes de la investigación posterior fueron el hallazgo en 1948 del plomo inscrito de Mula, la publicación del *corpus* de E. Llobregat en 1965, y los estudios de Bähr sobre el plomo mayor de Alcoy, Tovar y Michelena sobre fonética ibérica, Tarradell y Llobregat sobre la cronología de las inscripciones, y Lejeune y Maluquer sobre la adaptación del alfabeto griego a la lengua ibérica<sup>3</sup>.

En lo que sigue pretendo resumir algunos aspectos de una monografía que se publicará independientemente<sup>4</sup>. Insistiré sobre todo en cuestiones polémicas y en algunas interpretaciones novedosas, el origen de la escritura greco-ibérica, algún aspecto de la fonología ibérica, y la función de la escritura entre los iberos.

1. En la actualidad poseemos cuatro plomos inscritos procedentes de la Serreta (Alcoy), uno de El Cigarralejo (Mula), cuatro grafitos del Campello (Alicante) publicados y diez no publicados

Transcribo las inscripciones greco-ibéricas con las minúsculas hoy utilizadas convencionalmente, incluida la *sampi*. Un cuadro de equivalencias con los valores latinos habitualmente utilizados en la transcripción del ibérico puede verse en la p. 289.

Bibliografía citada en forma abreviada:

BT: M. Gómez Moreno, *La escritura bástulo-turdetana*, Madrid 1962.

Contestania: E. A. Llobregat, *Contestania ibérica*, Alicante 1972.

LSAG: L. H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece*, Oxford 1961.

Misceláneas: M. Gómez Moreno, *Misceláneas. Historia, arte, arqueología*, Madrid 1949.

Un número entre paréntesis sin más indicaciones reenvía al tomo II del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL II).

<sup>1</sup> Existe un texto emporitano en escritura griega y lengua posiblemente ibérica (*Suplemento* 6), pero en todo caso se trataría de un caso aislado, y no de un testimonio del uso de la escritura greco-ibérica en el N.E.

<sup>2</sup> M. Gómez Moreno, «De epigrafía ibérica. El plomo de Alcoy», *Rev. de Fil. Esp.* 9, 1922, pp. 341-66 = *Misceláneas*, pp. 219-231. Previamente la escritura del

plomo había sido considerada ibérica: R. Visado, *Historia de Alcoy y de su región*, Alcoy 1923, pp. 161 y 220, y *Excavaciones en el Monte «La Serreta», próximo a Alcoy (Alicante)*, MJSEA 45, 1921-22, Madrid 1922, 12 y lám. XI; Schuchardt, *SBAW* 1922, pp. 83 ss., y *RIEB* 1923, p. 507 y ss. De la bibliografía posterior también conviene citar aquí A. Schulten, *JDAI* 48, 1933, pp. 519 y ss.

<sup>3</sup> E. Cuadrado, «El plomo con inscripción ibérica del Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Cuadernos de Historia Primitiva* 5, 1950, pp. 5-42; Llobregat, *Contestania*; G. Bähr, «Baskish und Iberisch», *Eusko-Jakintza* 1948, pp. 65-79; A. Tovar, ver n. 24; L. Michelena, «Cuestiones relacionadas con la escritura ibérica», *Emerita* 23, 1955, pp. 265-84; Id., «Comentarios en torno a la lengua ibérica», *Zephyrus* 12, 1961, pp. 5-23; M. Tarradell, «Grafito greco-ibérico de la comarca de Alcoy sobre campaniense A», *RSL* 34, 1968 (= 1972), pp. 355-62; M. Lejeune, «À propos d'un plomb inscrit d'Eln», *REA* 62, 1960, pp. 62-79; Maluquer, *EPL*, pp. 89-94.

<sup>4</sup> Dentro de la serie *Iberia Graeca*, de la que ya ha aparecido Virginia Page del Pozo, *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*, Madrid 1984.

pero poco informativos<sup>5</sup>, y tres grafitos más de Benilloba (Alicante), Baradellos (Alcoy), y El Puig (Alcoy)<sup>6</sup>. Se ha supuesto que también podría ser auténtico un plomo de Mas de Is (Penáguila), pero me parece más probable que se trate de un falso, y no lo tendré en cuenta<sup>7</sup>.

La fecha de los documentos conservados nos indica que la escritura greco-ibérica existía ya en el s. IV, y que probablemente su uso no se prolongó durante mucho tiempo después, ya que a partir del s. III aumenta el número de textos conservados pero éstos están escritos sistemáticamente en el semialfabeto ibérico de Levante<sup>8</sup>. No podemos sin embargo deducir la fecha inicial de la escritura, ni las condiciones de su origen, de la ausencia de textos anteriores al s. IV, ya que lógicamente los primeros textos serían poco numerosos y su supervivencia por lo tanto dependía más aún del azar que la de los posteriores. Debemos por lo tanto, como ya se ha hecho otras veces, buscar en el análisis interno de la escritura greco-ibérica los datos que nos permitan fechar sus comienzos.

Gómez Moreno basándose en la escritura jónica que habría servido de modelo a la greco-ibérica propuso fines del s. VI como fecha de adaptación<sup>9</sup>; un epigrafista tan experto como Hiller von Gärtringen se inclinaba también al período arcaico, aunque veía una dificultad en la forma abierta de η<sup>10</sup>. Maluquer supuso haber encontrado un criterio más seguro en el uso de ϗ, ya que esta letra se utiliza en Asia Menor sólo entre el 575 y el 450 más o menos, por lo que deducía que la escritura greco-ibérica se había iniciado a fines de s. VI o durante el s. V<sup>11</sup>. En realidad el argumento no tiene el peso que a primera vista se le puede atribuir, aunque con él se llegue a una fecha que en parte coincide con la que considero correcta. Pero hay una circunstancia que lo invalida, y es que, no sólo después del 450 sino hasta nuestros días, en la enseñanza del alfabeto jónico se ha seguido incluyendo la *sampi*, porque durante su período de uso en la escritura había adquirido un valor en el sistema numeral jónico, como representante de la cifra 900, y ello aseguró su pervivencia<sup>12</sup>. De hecho el nombre *sampi* no es antiguo, sino bizantino, basado en el parecido que en esas fechas se había desarrollado entre esa letra y la π (pi). No sabemos cómo los jonios denominaban a la *sampi*, pero no sería raro, dado lo que ocurrió con las restantes letras consonánticas adicionales (φ.χ.ψ), que utilizasen el sonido representado por la letra apoyado en la vocal i, es decir /tsi/ o algo similar; en todo caso ese sonido, que indiscutiblemente tenía un componente sibilante, sería pronunciado al mencionar *sampi* dentro de la secuencia alfabética, y no es de extrañar que en el momento de la adaptación greco-ibérica, al necesitar dos sibilantes, se utilizase esta letra junto a σ, en vez de las otras posibles candidatas, ξ, ψ o ζ. Las primeras porque su componente oclusivo resultaría excesivamente evidente, la última por su sonoridad. Por lo tanto el empleo de ϗ no es garantía en absoluto de que la escritura greco-ibérica haya nacido antes del s. IV.

En realidad los únicos datos que tenemos son los ya manejados por Gómez Moreno y Hiller von Gärtringen, es decir, la cronología paleográfica, pero llegando más lejos de lo que entonces se pu-

<sup>5</sup> Agradezco a Llobregat el hábermelos mostrado en el Museo de Alicante y el haberme proporcionado copia de todos ellos.

<sup>6</sup> *Contestania*, pp. 120 ss., núms. 6, 7, 8, 12 (La Serreta), 27, 29, 30, 31 (Campello, el n.º 28 debe ser una marca griega), 19 (Benilloba), 17 (El Puig), con referencias a la bibliografía anterior, excepto para el grafito del Puig, entonces todavía inédito, sobre el que se debe consultar D. Fletcher, *APL* 13, 1972, pp. 123-4 y *CAN* XII, pp. 475-6. Para el plomo del Cigarralejo, ver n. 3. para el grafito de Baradellos, M.ª D. Asquerino, «Nuevo grafito ibérico del Museo de Alcoy», *Rev. del Inst. de Est. Alcantinos* 20, 1977, pp. 17-20.

<sup>7</sup> E. Llobregat, *Contestania*, pp. 124-5. Pero aparte otros aspectos sospechosos, el plomo de Mas de Is equivoca el signo para la sibilante en la palabra ϗαλιρ, cuando la epigrafía ibérica suele ser a este respecto extremadamente coherente.

<sup>8</sup> Llobregat, *Contestania*, pp. 130-1.

<sup>9</sup> Gómez Moreno, «De epigrafía...», *cit.*, p. 260 *Misceláneas*, p. 228.

<sup>10</sup> Cf. Bähr, «Baskisch...», *cit.* (n. 3), p. 62.

<sup>11</sup> *EPL*, p. 91.

<sup>12</sup> El estudio más reciente de *sampi*, con referencias a la bibliografía anterior, es C. Brixhe, «Palatalisations en grec et en phrygien», *BSL* 77, 1982 (209-49), pp. 216-29.

do hacer, dado nuestro mejor conocimiento de las series alfabéticas griegas epicóricas, y la luz que sobre estas cuestiones arroja una importante observación de Lejeune: los alfabetos derivados del griego antes del s. IV no evolucionan paralelamente al modelo una vez que se han constituido, sino que, a diferencia de lo que ocurre a partir del s. IV, desarrollan su propia tradición<sup>13</sup>.

Admitido que el alfabeto modelo de la escritura greco-ibérica es un alfabeto jonio, ya que utiliza ϗ, y η con valor vocálico, es en ese ámbito, dentro de las diversas variedades del alfabeto griego, donde debemos buscar ese modelo. Una primera comparación general nos muestra algunos grafemas que se prestan especialmente a servirnos de fósiles indicadores, porque su forma ha estado más sometida a cambios que la de otros signos menos expresivos<sup>14</sup>.

La α greco-ibérica no es simétrica, es decir, presenta un tipo más primitivo que el que se impone progresivamente a lo largo del s. V en toda Grecia. En Jonia esta evolución se produce incluso antes.

La η presenta en greco-ibérico la forma jonio moderna, abierta en ambos extremos, el superior y el inferior. Pero como ésta es frecuente en la segunda mitad del s. VI, y está atestiguada desde principios de ese siglo en Teos, y ya en el VII en Quíos, no se puede deducir de ella ninguna conclusión cronológica.

La λ es también forma moderna, simétrica, y más indicativa, porque aunque hay ejemplos esporádicos relativamente antiguos no creo que haya podido sentirse como forma característica, enseñable y por lo tanto transmisible a una nueva escritura, antes de la segunda mitad del s. VI.

La υ podría tener interés si no fuera por el carácter poco cuidado de los documentos greco-ibéricos, ya que las diferencias entre algunos tipos sólo pueden ser valoradas en epígrafes monumentales o de *ductus* muy seguro.

La ρ greco-ibérica es esencialmente el tipo jonio sin tallo en una versión angulosa. La forma griega es común en el s. VI y peculiar del área jónica, o de la cercana rodia. No es imposible que en modelos arcaizantes del alfabeto haya perdurado a comienzos del s. V, pero no parece probable que todavía se pudiese usar a fines de ese siglo, al menos en Jonia propia.

La υ sin tallo es forma dominante en el período arcaico; al igual que ρ proporciona indicio a favor de una fecha no posterior al s. V para el alfabeto greco-ibérico, porque en el s. IV se habría esperado la υ clásica.

La forma de *sampi* adoptada en el alfabeto greco-ibérico parece ser la más antigua y normal de las varias existentes. Sin embargo la adopción se ha basado en una pequeña variante, los trazos verticales exteriores han sido prolongados hasta igualarlos con el central, tipo atestiguado en Mesembría (*LSAG* 368 y 372 n.º 56), y Cícico (*LSAG* 367, 372 n.º 51, lám. 72).

Por último, el alfabeto greco-ibérico utiliza dos o tres puntos como interpunción habitual. Se trata de un uso muy extendido y que puede surgir, y de hecho ha surgido, de forma natural en culturas diversas, por lo que no se puede sacar de aquí conclusiones de ningún tipo, pero conviene señalar que, aunque no sea frecuente, en algunas inscripciones jónicas, todavía a fines del s. VI y quizá a comienzos del V, se utilizan puntos, dos o tres, para separar palabras.

Estos datos nos ayudan a situar, de una forma muy aproximada y poco precisa, el ámbito epigráfico griego del que depende la escritura greco-ibérica, pero necesitaríamos unas relaciones más específicas, más definidas en el espacio y en el tiempo. Naturalmente podemos suponer

<sup>13</sup> M. Lejeune, «Rencontres de l'alphabet grec avec les langues barbares au cours du I<sup>er</sup> millénaire av. J.C.», *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Pisa-Roma 1983 (731-53), p. 742.

<sup>14</sup> Caso de no indicarse otra cosa, la justificación de todas las afirmaciones que a continuación se hacen sobre la paleografía de las inscripciones griegas puede encontrarse en Jeffery, *LSAG*, pp. 325 ss.

como hipótesis de trabajo más razonable que esas relaciones nos tendrían que llevar al ámbito de la cultura focense, pero por desgracia la epigrafía focense arcaica conocida es, todavía, prácticamente inexistente. Sin embargo, es posible que podamos, indirectamente, acercarnos un poco a esa desconocida epigrafía.

Si revisamos las láminas de la obra de Miss Jeffery sobre la escritura griega arcaica nos sorprende encontrar entre las inscripciones jónicas algunas que tienen un extraordinario aire de familia con la escritura greco-ibérica, todas las cuales son samias o de origen samio<sup>15</sup>. Ese aire de familia, una vez analizado, resulta ser consecuencia de una combinación peculiar de signos de tipo arcaico y signos de tipo más moderno, clásico; al primer grupo corresponden ρ y υ a las que puede unirse α. Al segundo λ, y hasta cierto punto η. El cuadro de la fig. 1 testimonia lo dicho; en las dos primeras columnas tenemos dos inscripciones samias de la primera mitad del s. V, que ya muestran un alfabeto puramente clásico (*LSAG* 19 y 21); en la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> otras dos inscripciones más antiguas (*LSAG* 4 y 13), aunque la segunda está ya en el umbral del s. V<sup>16</sup>, que coinciden con la escritura greco-ibérica de las columnas 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> en los rasgos citados.

Podemos comprobar la cronología de esos rasgos determinando en el conjunto de las inscripciones jónicas las fechas extremas en que aparecen. El primer ejemplo de ρ moderna, con tallo, lo tenemos en *LSAG* 41, inscripción de Quíos de hacia 575-550 según Miss Jeffery, cuyas cronologías sólo de no indicar otra cosa explícitamente; el último ejemplo de ρ sin tallo en *LSAG* 18, c. 475?, Samos. Primer ejemplo de υ con tallo: *LSAG* 42e, no posterior a 550?, Quíos; último ejemplo de υ sin tallo: *LSAG* 66, c. 475-450, Clazomene. Primer ejemplo de λ simétrica: *LSAG* 8, c. 550-540?, Samos; últimos ejemplos de λ asimétrica: *LSAG* 29 y 53, c. 550-540? y c. 550?, Dídima y Éfeso. Nos movemos pues en un arco cronológico que va de c. 550, primera λ simétrica, a c. 475, últimos ejemplos de ρ y υ sin tallo<sup>17</sup>. En ese período se ha dado una evolución de la escritura jónica dentro de la cual debe situarse el modelo de la escritura greco-ibérica, no antes ni después de ese período.

Hay, sin embargo, dos objeciones posibles. En primer lugar estamos manejando datos procedentes de Jonia propia, y puede quedarnos siempre la duda de si en el ámbito colonial, al que sin duda pertenece el modelo que buscamos, no se darían fenómenos de conservadurismo retardatario que pudiesen explicar las características de la escritura greco-ibérica. En segundo lugar hemos visto que dentro de esa evolución paleográfica sólo Samos parece haber conocido un estilo caracterizado por la misma combinación de rasgos que encontramos en la escritura greco-ibérica, cuando no esperaríamos, partiendo del supuesto lógico de que hayan sido focenses quienes enseñaron a escribir a los íberos contestanos, y admitiendo que no hay ningún motivo para suponer la presencia de samios en la zona, que fuese esta ciudad la que nos proporcionase un modelo adecuado.

Sin embargo, si hemos de creer a Langlotz, «el grupo formado con obras [escultóricas] de ciudades del golfo de Esmirna está, desde el punto de vista estilístico, más cercano al arte plásti-

<sup>15</sup> *LSAG*, lám. 63. Las referencias a inscripciones jónicas que se citan a continuación se refieren, si no se indica otra cosa, al número que les corresponde en esta obra, en la que figuran sus datos en pp. 391 ss., su transcripción en pp. 414-5, y reproducción en láms. 63 y ss.

<sup>16</sup> Fechada en *LSAG*, p. 342, c. 525-520? La justificación de la fecha aquí seguida puede encontrarse en R. Meiggs y D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century*, Oxford 1969, pp. 30-1.

<sup>17</sup> Recientes descubrimientos modifican algunas de estas fechas; el *rhyton* de bronce de Samos, fechado a fines del s. VII, muestra en su inscripción votiva ρ con tallo: G. Kopcke, «Heraion von Samos. Die Kampagnen 1961/1965 im Südtemenos (8-6 Jh.)», *Arch. Mitt.* 83, 1968 (250-314), pp. 289-90 y lám. 121, 1.2; H. Kyrieleis, *Führer durch das Heraion von Samos*, Atenas 1981, p. 20. Pero los límites cronológicos inferiores del uso de las letras no creo que puedan ser modificados seriamente por nuevos descubrimientos.

1	2	3	4	5	6	7
Α	Α	Α	Α	Α	Α	a
(Β)			Β	Β	Β	b(+V)
Γ	Γ	Γ		Γ	Γ	k(+V)
Δ	Δ			Δ	Δ	t(+V)
Ε	Ε	Ε	Ε			
Ι	Ι			Η	Η	e
Η	Η	Η	Η			
Θ	Θ	Θ				
Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	i
Κ	Κ	Κ	Κ	Κ	Κ	k(+V)
Λ	Λ	Λ	Λ	Λ	Λ	l
Μ	Μ	Μ	Μ			
Ν	Ν	Ν	Ν	Ν	Ν	n
Ο	Ο	Ο		Ϝ	Ϝ	o
Ρ	Ρ		Ρ			
Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	r
Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	ξ
Τ	Τ	Τ	Τ	Τ	Τ	t(+V)
Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	u
Φ	Φ					
		Χ				
Ω	Ω	Ω		Ϻ	Ϻ	s
		∴		∴	∴	

ALFABETOS COMPARADOS DE INSCRIPCIONES JONIAS Y GRECO-IBÉRICAS

1. *Olimpia (alfabeto samio), dedicación de Euthymos, c. 470. LSAG 342 n.º 19.*
2. *Heraion de Samos (probablemente), dedicación, c. 459-454. LSAG 342 n.º 21.*
3. *Heraion, estatua de Cheramyes, c. 570-60. LSAG 341 n.º 4.*
4. *Heraion, estatua dedicada por Aiakes, c. 500?? Meiggs-Lewis 16.*
5. *La Serreta (Alcoy), plomo (¿carta?), posiblemente s. IV. BT n.º 62.*
6. *El Cigarralejo (Murcia), plomo funerario, s. IV. BT n.º 61.*
7. *Correspondencia de los signos greco-ibéricos y los ibéricos levantinos de acuerdo con la transcripción ortodoxa de éstos (V = vocal, ya que se trata de silabogramas).*

FIG. 1

co de Samos y Quíos que al de Mileto, Cnido y Rodas. Su parentesco más estrecho es con Samos»<sup>18</sup>. Si existe por lo tanto una relación especial entre la cultura de Focea y su círculo, y la de Samos, no sería extraño que también se manifestase en los estilos paleográficos, y que por lo tanto Samos nos proporcionase un testimonio indirecto sobre la escritura focense. Un cierto control de esta hipótesis, a la vez que una comprobación del ritmo con que ha evolucionado la escritura jonia en ámbito colonial, podemos obtenerlo examinando los escasos restos epigráficos de las colonias focenses, las de Occidente y también Lámpsaco, no suficientes para proporcionarnos una imagen como la de Samos, pero quizá sí como simples indicios de control.

<sup>18</sup> E. Langlotz, *Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung der Küsten des Mittelmeers durch die Stadt Phokaia*, Köln-Opladen, 1966, p. 43.

En Marsella, *LSAG*, lám. 54.2, de 500-475?, encontramos  $\alpha$  y  $\lambda$  simétricas; en las monedas de Velia, de c. 480<sup>19</sup>,  $\lambda$  simétrica y  $\upsilon$  sin tallo; en Lámpsaco, *LSAG*, lám. 71.48, de 450-425?,  $\alpha$  y  $\lambda$  simétricas, y  $\rho$  con tallo; en Antípolis, *LSAG*, lám. 54.3, también de 450-425?,  $\alpha$  simétrica,  $\rho$  con tallo y  $\upsilon$  sin él; por último Ampurias nos ofrece a fines del s. VI,  $\alpha$  y  $\lambda$  simétricas,  $\upsilon$  sin tallo y los dos tipos de  $\rho$ <sup>20</sup>, y en el siglo siguiente, *LSAG*, lám. 54.4,  $\alpha$  simétrica y  $\rho$  con tallo<sup>21</sup>. El testimonio de las colonias no contradice lo que se deduce de Samos; a lo sumo podríamos suponer que en Occidente  $\upsilon$  sin tallo pudo perdurar un poco más, pero como no ocurrió así con  $\rho$  sin tallo el término *ante quem* para la combinación de rasgos que caracteriza a la escritura greco-ibérica no se modifica.

En conclusión debemos admitir que, aunque los textos greco-ibéricos conservados sean del s. IV, no es posible que la escritura greco-ibérica haya nacido en estas fechas, como tampoco en el s. V ya avanzado. La fecha más probable, ya que por prudencia conviene mantener una cronología lo más baja posible, y especulando con un cierto arcaísmo occidental que en realidad no está atestiguado, sería el segundo cuarto del s. V.

Junto a la cronología debemos subrayar otra conclusión importante. La escritura greco-ibérica constituye un testimonio indirecto, apoyado por la escritura samia y por los escasos restos epigráficos de las colonias focesas, de los usos alfabéticos de esta metrópolis, cuya cultura nos sigue resultando casi desconocida a falta de excavaciones amplias y de la publicación de las realizadas. Se confirma así en otro campo lo que Langlotz había defendido para la escultura, que a falta de testimonios directos de la cultura focense las colonias proporcionan importantes indicios indirectos<sup>22</sup>.

2. Pero con determinar la fecha y el modelo de la escritura greco-ibérica no quedan resueltos todos los problemas sobre su origen. Conviene examinar de cerca cómo se ha producido la adaptación.

La adopción de una escritura propia de una lengua A para transcribir una lengua B se explica siempre porque existe un cierto número de fonemas que son comunes a ambas lenguas. Los problemas se producen naturalmente en aquellos fonemas no comunes, y corresponden fundamentalmente a dos tipos de discrepancias: en primer lugar, la existencia en la lengua modelo de fonemas que no existen en la adaptadora; en segundo lugar, y es el problema que realmente constituye una dificultad, la existencia de fonemas en la lengua adaptadora que no existen en la lengua modelo, y por lo tanto carecen en ésta de representación gráfica. De ambos fenómenos, y de diversas soluciones al segundo, existen abundantes testimonios en los varios casos de adaptación del alfabeto griego a diversas lenguas del Mediterráneo antiguo, que pueden proporcionar paralelos adecuados para la escritura greco-ibérica.

Respecto a los fonemas existentes en la lengua modelo y no en la adaptadora, la solución normal consiste simplemente en prescindir de sus correspondientes grafemas en esta última. Es lo que ha ocurrido en la escritura greco-ibérica con las oclusivas aspiradas griegas, con *p*, con *m*, con los sonidos con un componente sibilante y con algunas vocales.

Mucho más complejo es el segundo caso, y las soluciones posibles son varias<sup>23</sup>. Puede inventarse libremente un signo, como en el caso de lidio y etrusco para representar *f*, o en el del me-

<sup>19</sup> C. M. Kraay y M. Hirmer, *Greek Coins*, New York s.a., n.º 225.

<sup>20</sup> M. Almagro, *Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas*, Barcelona 1952, n.º 44 (p. 54). La fotografía es clara, aunque transcripción y traducción sean incorrectas.

<sup>21</sup> ● *p. cit.*, n.º 42 (pp. 52-3).

<sup>22</sup> *Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung*, cit., pp. 19 y 31-41.

<sup>23</sup> Los ejemplos citados a continuación se pueden documentar en H. Rix, «La scrittura e la lingua», *Gli Etruschi. Una nuova immagine*, Firenze 1984 (210-38), pp. 213-22; C. de Simone, «La lingua messapica: tentativo di una sintesi», *Le genti non greche della Magna Gre-*

sapio el signo en forma de tridente. Puede utilizarse de forma arbitraria alguno de los signos sobrantes en el modelo, caso de  $\psi$  utilizada en lidio como representación de  $\tilde{\epsilon}$ , o  $\xi$  utilizada en licio como representación de  $\tilde{\eta}$ . Puede diferenciarse arbitrariamente un signo en dos variantes, una de las cuales conserva el valor que tenía en la escritura original mientras la otra recibe un valor nuevo y convencional; es el caso de la  $m$  griega en lidio, que da lugar por un lado al grafema  $m$  y por otro al  $\tilde{a}$ . Puede utilizarse también secundariamente otro modelo, del que sólo se toman algunos signos aislados; así, en las inscripciones galas en escritura latina puede aparecer alguna letra griega, y en la escritura greco-osca la  $f$  se transcribe por medio del signo etrusco correspondiente.

Ninguno de estos recursos ha sido utilizado en la escritura greco-ibérica, pero sí otros dos que también están atestiguados en otras escrituras. En primer lugar la escritura greco-ibérica ha creado un nuevo signo modificando simplemente por medio de un diacrítico otro adoptado del modelo, así ha surgido  $\rho'$  junto a  $\rho$  representantes sin duda de fonemas que tenían algo en común pero entre los que existía una oposición que carecía de paralelo en jonio; un caso similar lo tenemos en el uso galo de marcar con un diacrítico la D latina para indicar una espirante dental.

Además el greco-ibérico ha utilizado, como ya hemos visto, la *sampi* jonia junto a la sigma para poder expresar una oposición entre dos sibilantes que tampoco existía en jonio. En este caso se trata de la adaptación de un signo del alfabeto modelo no directamente justificada, pero sí motivada por la presencia en su valor de algún componente común con el fonema que la escritura adoptante tenía que expresar. Un buen paralelo lo tenemos en la utilización de  $\xi$  en mesapio como grafema con valor sibilante.

Naturalmente son estos signos, sin justificación directa en el uso jonio, los que plantean más problemas de identificación en la escritura greco-ibérica. El caso de  $\rho'$  podría parecer menos difícil, ya que podemos suponer que en ibérico existía, al igual que en vasco y español, una oposición  $[r]/[R]$ , es decir, *lenis/fortis*, en la que naturalmente el término marcado sería la consonante fuerte. Pero el hecho de que en posición intervocálica, donde la oposición debería ser más clara, parezcan existir limitaciones de uso, representa una dificultad. Por otro lado también deberíamos suponer que el término marcado en la escritura,  $\rho'$ , correspondiese al término marcado fonológico, y desde este punto de vista la comparación entre la escritura greco-ibérica y la ibérica propiamente dicha, que muestra indudables desajustes e incoherencias, nos obliga a suspender por ahora nuestro juicio<sup>24</sup>.

En cuanto a  $\sigma$  y  $\aleph$  quizá sí sea posible valorar, si no con toda precisión, sí al menos más concretamente de lo que hasta ahora se ha hecho, la oposición fonológica que justifica el uso de ambos signos. Es claro que desde el punto de vista griego la sibilante transcrita con  $\sigma$  sería la normal, y que el término marcado correspondería a  $\aleph$ . Por otro lado la correspondencia entre estos dos signos y los de la escritura ibérica que transcribimos por  $s$  y  $\tilde{s}$  es coherente y sistemática, lo que garantiza la estabilidad de la oposición. Así se ve en algunos términos ibéricos muy comunes como  $\aleph\alpha\kappa\alpha\rho$  : *sakañ*,  $\sigma\alpha\lambda\iota\rho'$  : *salir*,  $\iota\aleph\eta\rho$  : *iskeñ* lo que permite establecer sin dudas la equivalencia  $\sigma = \tilde{s}$ ,  $\aleph = s$ .

cia, *Atti... Taranto XI*, Napoli 1972 (125-201), pp. 131-88; M. Lejeune, «Phonologie osque et graphie grecque», *REA* 72, 1970, pp. 271-316, «Phonologie... II», *REA* 74, 1972, pp. 5-13, G. Lazzaroni, «Contatti di lingue e di culture nell'Italia antica. Modelli egemoni e modelli subordinati nelle iscrizioni osche in grafia greca», *AIΩN* 5, 1983, pp. 171-82; R. Gusmani, «La scrittura lidia», *ASNS Pisa* 8, 3, 1978 (*Il Convegno pisano sulle scritture dell'Anatolia antica*), pp. 833-47; A. Heubeck, «Überlegungen zur Entstehung der lydischen Schrift», *Kadmos*

17, 1978, pp. 55-66; O. Carruba, «La scrittura licia», *ASNS Pisa, cit.*, pp. 849-67; M. Lejeune, *Textes gallo-grecs (R.I.G. I)*, París 1985, pp. 441-6; D. E. Evans, *Gaulish Personal Names*, Oxford 1967, pp. 410-20. No considero necesario interpretar  $\mathfrak{D}$  gala como mera evolución formal de  $\Theta$ .

<sup>24</sup> A. Tovar, «Fonología del ibérico», *Miscelánea Homenaje a André Martinet* 3, La Laguna 1962 (171-81), pp. 175-7. L. Michelena, «La langue ibère», *Actas Tübingen* (23-39), pp. 26-7.

Por otro lado, como ya vio Michelena<sup>25</sup>, la oposición parece neutralizarse tras *l* y *r*, pero en todo caso no cabe duda de su realidad fonológica; el problema estriba en su interpretación. Como ya indicó el mismo autor caben distintas alternativas, podría tratarse de una oposición de modo de articulación, sonora/sorda, o de punto de articulación, por ejemplo áptico-alveolar / dorso-alveolar<sup>26</sup>.

Últimamente Mariner ha aportado nuevos argumentos a la discusión, a partir de las transcripciones latinas del ibérico<sup>27</sup>. Para este autor las transcripciones de *ś* —es decir, *σ* en greco-ibérico— implican que se ha buscado un recalco frente a la transcripción de *s* por medio de *S*, es decir, se trataría del término sentido por los latinos como marcado. Un ejemplo sencillo lo tenemos en *iešo* (*MLH* A.10), que aparece latinizado epigráficamente in *IESSONIENSI* (4610) y *IESSON* (4463). En cuanto a las transcripciones de *s* la situación es más sencilla de lo que Mariner, siguiendo a Siles<sup>28</sup>, supone. En realidad en las listas de este último, que constituyen un repertorio importante para nuestro tema, hay que deslindar lo que son transcripciones del aquitano y del galo que no son pertinentes aquí, con lo que el resultado es relativamente claro; *s* se transcribe sistemáticamente por *S*, tipo *sosinbiuru* (*MLI* XXII) frente a los *SOSINADEN*, *SOSINASAE*, etc., del bronce de Ascoli (*CIL* P° 709). Las excepciones son sólo aparentes.

Existe en efecto *kese* (*MLH* A.12) frente a *Cissa* (*Liv.* 21, 60) y *Cessetania* (*NH* 3, 21), pero es un error considerar estos términos como una auténtica transcripción latina de un nombre ibérico. Debemos distinguir en efecto entre transcripción latina y transcripción transmitida en latín. Conocemos la toponimia antigua de la Península Ibérica fundamentalmente a través de autores griegos y latinos que naturalmente no son los creadores de las transcripciones que utilizan, sino que las han tomado de otros autores anteriores o, en el mejor de los casos, de la transmisión oral. Esa transmisión oral ha sido en un primer momento griega, y cuando los romanos comenzaron a conocer la Península en un principio se movieron en ámbitos sobre los que ya existía una tradición onomástica griega; es posible que en algunos casos los romanos no fueran conscientes de ella, o no la identificasen con los lugares que iban conociendo, y surgiesen así dobles, formas distintas en latín y en griego, pero no cabe duda de que en general los militares romanos intentarían conseguir información sobre los territorios en que debían adentrarse, y de que esa información la encontrarían en griego. Surgirían así transcripciones latinas, no del ibérico, sino de las transcripciones griegas del ibérico, que por lo tanto nada nos enseñan sobre las relaciones fonológicas entre latín e ibérico. De la misma manera, más adelante, cuando los romanos penetran más profundamente en la Península y conocen regiones sobre las que no existía una tradición griega previa, introducen sus propias transcripciones al latín de las que dependerán luego los propios autores griegos. Es obvio que un Estrabón en buena medida está utilizando términos indígenas que previamente habían sido adaptados al latín y que le son conocidos a través de esta lengua.

En esta perspectiva se explican bastante bien *Cissis* y la *Cessetania*. Como ha señalado Fatás<sup>29</sup> cuando Plinio habla de *regio Cessetania* no está utilizando la denominación administrativa, sino

<sup>25</sup> Michelena, «Cuestiones...», *cit.*, en n. 3, pp. 273-4.

<sup>26</sup> «Cuestiones...», *cit.*, pp. 265-80, especialmente 270-1 y 274-7. Por desgracia el único otro caso de adopción de *sampi* para una lengua distinta del griego, posiblemente el sicano de los alrededores de Gela, está todavía tan poco claro que no nos puede servir de ayuda: M. T. Piraino Manni, «Nuove iscrizioni dell'acropoli di Gela», *Miscellanea... E. Manni* IV, Roma 1980 (1767-1832), pp. 1.772-3, y M. Lejeune, «Observations linguistiques sur le nouveau matériel épigraphique de Géla», *Miscellanea... cit.*, IV (1311-15), pp. 1.314, que se mues-

tra escéptico sobre la posibilidad de considerar *sampi* al signo de Gela.

<sup>27</sup> S. Mariner, «Sibilantes paleohispánicas en transcripciones latinas», *Actas Lisboa*, pp. 415-22.

<sup>28</sup> J. Siles, «Über die Sibilanten in iberischer Schrift», *Actas Tübingen*, pp. 81-99.

<sup>29</sup> G. Fatás, «Sobre el ejército romano en Hispania: observaciones acerca de sus elementos hispanos», *Temas de Historia Militar* I, Madrid 1983 (67-91), p. 85. Entre otros ejemplos que da Fatás de denominaciones plinianas puramente geográficas, basadas en las etnias prerromanas, figura la *regio Uessetania*, también con doble *s*.



un término geográfico, más vago. Personalmente añadiré que se trata de un término antiguo, derivado del topónimo ya conocido por los autores griegos, posiblemente de uso normal en la Ampurias anterior a la conquista romana, y que habría sido directamente transcrito del griego al latín. En todo caso, en Polibio (3.76.5) donde aparece como Κίσσα, tenemos la prueba de que *kese* se transcribía al griego con doble sigma.

Los datos, reinterpretados de esta forma, ofrecen un resultado muy coherente. El ibérico posee dos sibilantes transcritas como *ś* y *s*. Confrontadas con el griego se ha sentido a *s* como la forma extraña, la forma marcada; se ha utilizado *sampi* para transcribirla en el momento de la escritura greco-ibérica, y cuando se ha querido reproducirla en un contexto griego se ha recurrido al recalco, por utilizar el término de Mariner, por medio de la grafía geminada. Por el contrario, confrontadas con el latín ha sido *ś* la que ha sido sentida como extraña, y a la que se ha marcado en la escritura.

Naturalmente esta contradicción entre el latín y el griego no nos permite determinar en qué consiste exactamente la oposición que distinguía a las dos sibilantes ibéricas, pero sí creo que permite excluir una posibilidad. No creo que esa oposición pudiese ser de sonoridad, ya que en ese caso, siendo sorda la realización normal tanto de la sibilante griega como la de la latina, desde el punto de vista de estas lenguas se habría coincidido en sentir marcado el mismo fonema ibérico.

3. Hasta aquí hemos visto cómo se ha realizado la adaptación del alfabeto griego a la lengua ibérica, y hasta cierto punto cuándo se ha realizado. Hay sin embargo otras cuestiones en relación con esa adaptación que tienen considerable importancia histórica, no sólo el dónde, sino también, íntimamente vinculada a ese problema, la cuestión de las condiciones históricas que hicieron posible la adaptación.

Respecto al lugar, no parece que existan muchas dudas. Todos nuestros testimonios proceden de un área relativamente reducida, que corresponde básicamente a los iberos contestanos. Esa precisa localización aporta un dato importante sobre la lengua ibérica y plantea ciertas preguntas sobre la presencia griega en el lugar.

La lengua ibérica en efecto se nos aparece como lengua escrita de un amplio territorio en el que viven grupos diversos. El hecho de que esos grupos compartan una común cultura material —aunque no debemos olvidar que con notables diferencias locales— no nos debe hacer cerrar los ojos a la diversidad de poblamientos que encontramos en sus raíces. No es en absoluto seguro que la lengua ibérica, o su predecesora más directa, haya sido lengua común a todas esas poblaciones en fechas anteriores al proceso de iberización cultural, no es siquiera seguro que junto al ibérico no coexistiesen otras lenguas, como de hecho tenemos motivos para suponer que ocurría en el Sur de Francia<sup>30</sup>. Por ello el punto donde podemos ver, en fecha temprana, que se adopta una escritura para escribir ibérico nos resulta extremadamente importante porque en ese punto el ibérico era la lengua local. El hecho de que no podamos todavía precisar dónde se ha empezado a utilizar la escritura del Sur para escribir ibérico, o dónde ésta se ha convertido en la escritura levantina, que se impondrá definitivamente como el vehículo escrito normal de la lengua ibérica, da una especial importancia al testimonio de la escritura greco-ibérica.

En cuanto a la presencia griega en la zona, antes de intentar valorarla, conviene que recapitemos otros testimonios epigráficos de helenismo. En el plomo mayor de Alcoy es sabido que figura una secuencia de signos que desde el primer momento fue interpretado como numeral<sup>31</sup>;

<sup>30</sup> J. Untermann, «Lengua gala y lengua ibérica en la Galia Narbonensis», *APL* 12, 1969, pp. 99-161.

<sup>31</sup> Gómez Moreno, «De epigrafía...», *cit.*, pp. 355 y 364 = *Misceláneas*, pp. 224 y 230.

no creo posible, por el momento, identificar cuál, de entre los muchos sistemas numerales y metro-lógicos griegos conocidos<sup>32</sup>, es el que se utilizó en Alcoy, pero sí creo que indiscutiblemente es un sistema griego. Se trata de una sucesión  $\xi\xi\xi\chi<$ , es decir, tres veces la  $\sigma$  utilizada por la escritura greco-ibérica,  $\chi$  no utilizada por esta escritura, y un signo no alfabético. Los tres signos están ampliamente atestiguados en sistemas griegos, y no sólo con sus valores más usuales, *stater*, 1000, y medio óbolo, pero ninguno de los sistemas que conozco permitiría una combinación como la que se da en el plomo de Alcoy. En todo caso el uso de letras griegas, y de letras repetidas, implica con seguridad dependencia directa del principio común a los sistemas acrofónicos griegos.

Todavía hay otro rasgo helenizante en la epigrafía greco-ibérica. Hace algunos años señalé que la utilización del plomo como material escritor, y la disposición misma y el aspecto de los plomos ibéricos, tenía su origen en una costumbre griega relativamente bien documentada, a pesar de la fácil reutilización del material en cuestión, sobre todo en aquellas zonas del mundo griego a donde el papiro debía llegar con más dificultad<sup>33</sup>. En los últimos años nuevos descubrimientos confirman la importancia del plomo como soporte de documento privado entre los griegos; de Gela contamos con un contrato de compraventa de bueyes<sup>34</sup>; un recibo de deuda, quizá procedente de los alrededores de Palermo, se halla en una colección privada<sup>35</sup>; de Camarina procede quizá un contrato de compraventa de un campo y seguramente otro de compraventa de una casa<sup>36</sup>. Todos estos contratos cuya procedencia occidental hay que subrayar vienen a sumarse a los recibos de deudas que constituían un auténtico archivo en un santuario de Corcira<sup>37</sup>.

Los plomos greco-ibéricos, con su fecha temprana y con la inequívoca procedencia de su escritura, no hacen sino confirmar el origen griego de una práctica que tendrá una extraordinaria difusión entre los íberos.

Así pues escritura, sistema numeral y usos epigráficos de origen griego en una zona de las costas mediterráneas desde el s. V a.C. ¿Qué significa históricamente este evidente proceso de aculturación?

Es difícil sistematizar una tipología de las condiciones históricas en que se produce el préstamo de una escritura, pero creo que intentarlo puede ayudar a comprender el fenómeno greco-ibérico. Hay dos aspectos fundamentales en estas cuestiones, el grado de contacto que los representantes de la cultura letrada tenían con los indígenas, y el grado de desarrollo institucional al que éstos habían llegado.

Desde el primer punto de vista podríamos distinguir de un modo aproximado, y basándonos inevitablemente en generalizaciones un tanto groseras, tres modelos que podríamos ejemplificar con los casos etrusco, lidio y siciliano oriental<sup>38</sup>. En el caso lidio y siciliano hay una frontera

<sup>32</sup> M. N. Tod, *Ancient Greek Numerical Systems*, Chicago 1979, donde se recogen los más importantes de los artículos que el autor dedicó al tema; A. W. Johnston, *Trademarks on Greek Vases*, Warminster 1979, pp. 27-31.

<sup>33</sup> J. de Hoz, «Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península», *AEA* 52, 1979 (227-50), pp. 233-5.

<sup>34</sup> Anne P. Miller, *Studies in Early Sicilian Epigraphy: An Opisthographic Lead Tablet*, University Microfilms, Ann Arbor (1973, U. of N. Carolina), pp. 30-63.

<sup>35</sup> G. Manganaro, «Tavolette di piombo iscritte della Sicilia Greca», *ASNS Pisa* 7, 1977 (1329-49), pp. 1.329-35.

<sup>36</sup> Manganaro, *op. cit.*, pp. 1.339-41 y 1.344-9.

<sup>37</sup> P. Calligas, «An Inscribed Lead Plaque from Korkyra», *BSA* 66, 1971, pp. 79-94.

<sup>38</sup> Para los aspectos técnicos de la adopción de la escritura griega por etruscos y lidios ver la bibliografía citada en n. 23. No existe un estado de la cuestión aceptable sobre el alfabeto de los sículos; la obra de V. Schmoll, *Die vorgriechischen Sprachen Siziliens*, Wiesbaden 1958, ha quedado sobrepasada por los nuevos descubrimientos, y aún no se ha publicado el tomo correspondiente a la Sicilia oriental de L. Agostiniani, *Iscrizioni anelleniche di Sicilia* (hasta ahora sólo *Le iscrizioni ehme*, Firenze 1977). Provisionalmente pueden verse las últimas crónicas sobre la epigrafía indígena de Sicilia publicadas en  $\text{K}\Omega\text{K}\Lambda\text{O}\Sigma$  10-11, 1964-65, pp. 417-50 (M. Durante); 18-19, 1972-73, pp. 296-309 (M. Lejeune); 22-23, I, 1976-77, pp. 215-60 (A. L. Prosdocimi y L. Agostiniani); 26-27, I, 1980-81, pp. 503-30 (L. Agostiniani).

territorial común, en un determinado punto se pasa del territorio griego al territorio indígena. Naturalmente esa frontera común implica multitud de contactos, pacíficos o no, que permiten el trasvase de experiencias; en especial esa frontera es, más que un impedimento, una invitación al movimiento de personas, y la presencia de griegos asentados en territorio sículo o lidio es indiscutible. Nacen así unos contactos más estrechos que los que proporciona la frontera en sí, y el intercambio cultural se desarrolla<sup>39</sup>. La diferencia entre el modelo lidio y el sículo es más bien un aspecto de la cuestión que tendremos que considerar luego, el grado de desarrollo de la cultura receptora. Los lidios evidentemente tenían un grado de desarrollo mucho más elevado que el de los sículos, pero lo que ahora nos interesa es cómo ese desarrollo ha podido afectar a la intensidad del contacto con los griegos. Aquí caben dos clases de consideraciones; en lo que se refiere a lo estrictamente cultural el contacto se ha podido ver facilitado, es decir, la velocidad con la que se han producido los préstamos ha debido ser mayor, porque los griegos tenían tanto que aprender como los lidios, y el estímulo ha sido mutuo. Por otra parte desde el punto de vista político la organización centralizada de los lidios, el hecho de que no constituyesen simplemente una nación y una cultura, sino un estado, ha permitido una política de helenización dirigida y controlada que naturalmente ha acelerado el proceso.

El modelo etrusco tiene de particular la ausencia de fronteras comunes entre etruscos y griegos, ya que fuese cual fuese la situación en Campania, es decir, fuesen o no etruscas Capua y Pontecagnano, todo parece indicar que el alfabeto etrusco se desarrolló en primer lugar en la zona de Caere y Tarquinia. Un préstamo a «distancia» naturalmente presenta problemas especiales, pero conviene recordar que precisamente el nacimiento del alfabeto griego a partir del fenicio es un caso de «préstamo a distancia». En un trabajo reciente he revisado las condiciones en que ese préstamo pudo producirse, subrayando la importancia y la intensidad de los contactos, sobre todo de los contactos permanentes, los que surgen del asentamiento de comerciantes o artesanos en territorio extranjero<sup>40</sup>. No muy distinta debía ser la situación en el caso de las relaciones greco-etruscas; el nombre de Demarato, el noble corintio que se instaló en Tarquinia, se ha convertido en símbolo de esa presencia permanente, que da lugar a los contactos realmente profundos, desde el artículo que en 1935 Blakeway consagró a la helenización de Etruria<sup>41</sup>. Aunque hoy día habría que pensar más bien en términos de dos figuras, el noble Demarato que con sus clientes y servidores busca aumentar su fortuna en una tierra extranjera en la que encuentra una clase social que le acepta como un miembro más, y el artesano que se crea un futuro allí donde existe una clientela para su trabajo<sup>42</sup>.

Pero el fenómeno de la transmisión de la escritura no sólo depende de la intensidad de los contactos, también está condicionado por el grado de desarrollo de la cultura receptora. En casos en que se da una convivencia estrecha entre comunidades, como podemos imaginarlo en algunas localidades sicilianas, este aspecto de la cuestión no es necesariamente decisivo, pero cuando los contactos no se basan en una frontera común o en comunidades mixtas, la capacidad de asimilar

<sup>39</sup> Sobre las relaciones de griegos y lidios, en espera de que las excavaciones de Sardes proporcionen una síntesis más detallada, J. Boardman, *The Greeks Overseas*, London 1973 (nueva ed.), pp. 95-102. Sobre la helenización de los sículos, Boardman, *op. cit.*, pp. 189-91; E. Sjöqvist, *Sicily and the Greeks*, Ann Arbor 1973, pp. 23-35; G. Vallet, «La colonisation Chalcidienne et l'hellénisation de la Sicile orientale», *ΚΩΚΑΛΟΣ* 8, 1963, pp. 30-51.

<sup>40</sup> J. de Hoz, «Algunas consideraciones sobre los orígenes del alfabeto griego», en *Estudios metodológicos sobre la lengua griega* (J. A. Fernández-Delgado ed.), Cáceres 1983, pp. 11-50.

<sup>41</sup> A. Blakeway, «Demaratus», *JRS* 25, 1935, pp. 129 y ss.

<sup>42</sup> De entre la considerable bibliografía actual sobre los contactos de griegos y etruscos selecciono una síntesis reciente con buenas referencias, M. Cristofani, «I Greci in Etruria», *Modes de contacts...*, *cit.*, en n. 13, pp. 239-55.

y dar uso a la nueva técnica que la sociedad receptora posee en sí misma, al margen de la influencia de la cultura que proporciona la escritura, sí es decisiva.

El caso etrusco ilustra este tipo de situación. La escritura nace en Etruria como técnica al servicio de la aristocracia en plena ascensión económica, aunque por obvias razones materiales lo que ha llegado hasta nosotros sean ejemplos de sus usos meramente ceremoniales, dentro siempre de las formas de expresión de esos mismos grupos aristocráticos.

Estas consideraciones, un tanto someras, sobre distintos modelos de funcionamiento del proceso de préstamo de la escritura pueden ayudarnos a comprender la situación en Hispania. Algo similar al modelo sículo podríamos esperarlo en la zona catalana, en territorios próximos a Ampurias, pero sin embargo entre los íberos del N.E. no se llegó a adoptar el alfabeto griego; si acaso tal vez contemos con un testimonio aislado en Ampurias que debe ser considerado más bien como fenómeno ocasional y atípico que como indicio de una práctica habitual<sup>43</sup>. Puesto que se trata de una zona donde el uso de la escritura ibérica está bien atestiguado, debemos concluir que la no utilización del alfabeto griego no se debió a la falta de condiciones sociales adecuadas entre los indígenas, sino a que, desde el momento en que éstas existieron, el alfabeto griego tuvo que competir con otra escritura, la ibérica, mejor adaptada a la situación lingüística indígena.

En la zona de Alicante, por el contrario, hemos visto que, aunque finalmente se impuso la escritura ibérica, a partir del s. V y durante el IV se utilizó la adaptación del alfabeto griego que llamamos escritura greco-ibérica. El problema consiste en explicar las condiciones que hicieron posible esa adaptación, es decir, definir el modelo al que corresponde el caso greco-ibérico.

Los primeros datos que pueden contribuir a la explicación que buscamos son muy antiguos. La zona alicantina desde fecha muy temprana está sometida a la influencia de culturas que conocen la escritura, la fenicia y la hispánica meridional o tartésica. La fenicia es obvio que no ejerció en este sentido sino una influencia indirecta, puesto que de hecho ningún indígena se sirvió del alfabeto fenicio para escribir su lengua. Pero la escritura meridional, a su vez nacida de la fenicia, sí está atestiguada en la zona con anterioridad a la escritura greco-ibérica. El testimonio más antiguo, descubierto en el yacimiento de Peña Negra en la sierra de Crevillente, ha sido fechado por su excavador a mediados del s. VI, y se encuadra en todo un conjunto de influencias meridionales llegadas directamente por mar<sup>44</sup>. Por desgracia el grafito de Peña Negra no es lo bastante explícito como para que podamos decidir si corresponde a lengua ibérica o no. No es imposible que la escritura meridional sea en esas fechas, en Levante, tan colonial como la púnica.

Pero no sólo los influjos marítimos de la cultura tartésica han podido contribuir a crear unas condiciones adecuadas para la adopción de la escritura. En este mismo coloquio se nos ha indicado que existe un grafito en escritura meridional procedente de Cástulo, y fechable a principios del s. IV e incluso finales del V, y si hemos de dar crédito a la reproducción de los signos que se nos ha propuesto, se trata claramente de un NP ibérico abreviado, *sosi[n-]*. El camino interior, a través de la Alta Andalucía, ha podido ser, por lo tanto, otra vía de acceso del conocimiento de la escritura desde fechas relativamente tempranas.

En todo caso influencias púnicas y tartésicas han creado ya en el s. VI en la región contestana un cierto grado de desarrollo económico, cultural y social. El problema estriba en saber si ese desarrollo fue tal que en él la idea de la escritura pudo resultar lo suficientemente atractiva como para justificar el esfuerzo que conlleva la adopción, y la puesta en marcha de un sistema de aprendizaje que garantice la transmisión.

<sup>43</sup> Cf. n. 1.

<sup>44</sup> A. González-Prats, *Estudio arqueológico del*

*poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Alicante 1983; el estudio de los grafitos en pp. 228-36.

Es en ese ambiente, ya relativamente complejo, donde comienzan a hacerse sentir los influjos griegos desde mediados del s. VI, y finalmente esos influjos van a dar lugar a la aparición de la escritura greco-ibérica que convivirá primero con la meridional, y que finalmente será abandonada en beneficio de la ibérica levantina<sup>45</sup>. El problema estriba en valorar el grado de contacto que esos influjos griegos implican. Sabido es que en los últimos años la investigación ha estado un tanto dominada por las ideas de quienes tendían a minimizar la presencia griega en la zona, y pensaban que los materiales griegos que en ella se encuentran podían ser simplemente testimonio de un comercio de redistribución controlado básicamente o exclusivamente por púnicos<sup>46</sup>.

Frente a estas ideas el testimonio de la escritura greco-ibérica, y también el de su temprana fecha, deben ser decisivamente valorados. No hay posibilidad de préstamo de una escritura sino a través de individuos bilingües, a través de una importante convivencia cultural, a través de contactos no ocasionales y anecdóticos sino continuados y profundos. Los íberos contestanos aprendieron a escribir de los griegos focenses, no de los fenicios, de la misma forma que los líbicos derivan su escritura consonántica del alfabeto fenicio y no del griego. En uno y otro caso la escritura no es sino un testimonio privilegiado de la clase de relaciones culturales que los respectivos indígenas habían establecido, con los focenses los primeros, con Cartago los segundos.

La escritura sin embargo no es capaz de decirnos por sí sola cómo se habían producido esos contactos necesarios con el mundo griego. Si volvemos a los modelos que previamente hemos manejado nos encontramos con dos alternativas a tomar en consideración, el modelo sículo y el etrusco. El modelo sículo trasladado al mundo contestano implicaría la existencia de comunidades, o al menos una comunidad focea, establecida en ese territorio y convertida en un foco de atracción cultural que, a través de un contacto continuado, y no exclusivamente comercial, podrían transmitir no sólo productos y técnicas sino incluso modos de vida. Naturalmente el problema es inseparable de las referencias literarias a fundaciones focneas en las costas de Levante, cuyo valor ha sido reiteradamente puesto en duda en los últimos tiempos<sup>47</sup>.

En cuanto al modelo etrusco, su utilización para explicar la escritura greco-ibérica tendría la ventaja de que permitiría sustituir esas comunidades que la arqueología no detecta y cuyos testimonios literarios se discuten, por un centro no situado en proximidad inmediata de los íberos contestanos, y en este caso tanto la arqueología como la tradición historiográfica nos ofrecen el candidato obvio en Ampurias. En contrapartida, resulta dudoso que el grado de desarrollo interno de los contestanos, diferenciación social, especialización, extensión de las dependencias, hubiese alcanzado un nivel comparable al del orientalizador etrusco, hasta el punto de que se pudiese admitir una respuesta similar a un estímulo también similar<sup>48</sup>.

Es quizá prematuro pretender decidirse por una de las dos alternativas, aunque debo reconocer que personalmente me siento más inclinado a admitir la primera. En todo caso sí se debe

<sup>45</sup> Las fuentes antiguas y los datos arqueológicos entonces conocidos se encuentran en A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, Barcelona 1949. Un estado de la cuestión actual en M. Almagro-Gorbea, «La 'colonización' focense en la Península Ibérica», *PP* 204-207, 1982, pp. 432-44.

<sup>46</sup> Recopilación de bibliografía y exposición del punto de vista escéptico sobre la presencia griega en el S.E. en J.-P. Morel, «L'expansion phocéenne en Occident: dix années de recherches (1966-1975)», *BCH* 99, 1975, (853-96), pp. 886-8. En la actualidad abundan los indicios de un cambio de puntos de vista.

<sup>47</sup> Ver, como testimonio de la elevación a punto de vista ortodoxo, «de manual», de la postura negativa sobre esas fundaciones, J. Fernández Nieto, pp. 278-80, de J. M. Blázquez, F. Presedo, F. J. Lomas y J. Fernández Nieto, *Historia de España Antigua I*, Madrid 1980.

<sup>48</sup> Aparte la obra de Llobregat, *Contestania*, para el período que aquí nos interesa puede verse una síntesis, aunque sin intento de diferenciar la zona alicantina del resto del territorio valenciano, en M. Gil-Mascarell y C. Aranegui, *El Bronce Final y el comienzo de la Edad de Hierro en el País Valenciano*, Valencia 1981, pp. 41-66 (Aranegui).

subrayar que hay otros testimonios, al margen de la escritura greco-ibérica y los usos epigráficos, que nos permiten constatar el grado de helenización de los contestanos.

No voy a referirme a la presencia de mercancías griegas en la región, ni a las formas artísticas indígenas imitadas de los griegos, sobre las que se ha llamado la atención tantas veces. Tampoco voy a insistir en algunos aspectos de la helenización, sobre los que parece existir un gran interés en la actualidad, iconografía, usos sociales como el banquete, fenómenos religiosos, porque a pesar de la gran importancia de estos estudios, y de las indiscutibles posibilidades que alumbran, no me parecen todavía suficientemente fundados como para servir de testimonio en una cuestión problemática.

Hay sin embargo otros aspectos de la helenización, también estudiados en fechas relativamente recientes, que sí creo aportan un testimonio fundamental. Es el caso de las transformaciones no ya artísticas sino técnicas de la cerámica ibérica<sup>49</sup>, que se producen a partir del s. VI, pastas depuradas sin los gruesos desgrasantes que caracterizan la tradición fenicia, fuego oxidante, fenómenos que no parecen derivables de la simple imitación de importaciones, sino que exigen una transmisión técnica directa, de artesano a artesano.

En el mismo sentido apunta un testimonio de tipo muy diferente, las prácticas funerarias<sup>50</sup>. Parece difícil admitir que unos simples contactos mercantiles hayan podido llevar a los íberos del S.E. a adoptar el tipo de tumba con estela rematada por escultura zoomorfa; más bien habría que pensar que griegos asentados en la zona han enterrado a sus muertos de acuerdo con sus usos tradicionales, llamando así la atención de los indígenas que poco a poco se han acostumbrado a imitarles.

Todos estos testimonios indican, como la epigrafía greco-ibérica, contactos intensos y continuados, contactos entre modos de vida, no meras relaciones comerciales, aunque por supuesto no permiten decidir si existieron auténticas fundaciones griegas, ἀποικίαι o colonias como dicen las fuentes, establecimientos menores, κτίσματα en el sentido en el que utiliza la palabra Sjöqvist<sup>51</sup>, o simplemente grupos de griegos asentados en algunas comunidades o puertos indígenas. Si acaso esta última alternativa me parece menos probable, como ya he dicho, en consideración al grado de desarrollo social de los contestanos durante el s. VI y comienzos del V. El testimonio negativo de la arqueología en contra de la existencia de comunidades griegas en el territorio del S.E. tiene un valor obviamente relativo, que hallazgos recientes, como los de Santa Pola<sup>52</sup>, relativizan aún más. La tendencia general de los descubrimientos recientes, unida al valor específico de la epigrafía greco-ibérica como testimonio de helenización, está configurando un estado del problema en el que, dentro de no mucho, tal vez de no contar con testimonios literarios sobre establecimientos focenses en Contestania nos veríamos obligados a inventarlos.

JAVIER DE HOZ

<sup>49</sup> Almagro-Gorbea, *op. cit.*, p. 436, y «Colonizzazione e acculturazione nella penisola Iberica», *Modos de contacts...*, *cit.*, en n. 13 (429-61), pp. 452-3.

<sup>50</sup> M. Almagro-Gorbea, «Los pilares-estela ibéricos», *Homenaje al Prof. M. Almagro III*, Madrid 1983, pp. 7-20; «El monumento de Alcoy y la arquitectura funeraria ibérica», *TP* 39, 1982, pp. 161-208.

<sup>51</sup> Sjöqvist, *op. cit.* en n. 39, pp. 26-8.

<sup>52</sup> P. Rouillard, «Les colonies grecques du sud-est de la Péninsule Ibérique. État de la question», *PP* 73, 1982 (417-31), pp. 428-9.